

Diálogo con la muerte y un pedido de Glovo

Álvaro Madero Rodríguez

Un joven sentado en el sofá redactando la lista de cosas que hacer antes de morir. Justo cuando escribía la número 31 [Tener sexo sin condón en un congreso por la prevención de las ETS], es sobresaltado por la misma muerte)

Muerte: *(Con tono de funcionario y con un iPad en la mano)* Buenas noches, ¿podría usted decirme su nombre?

Bernardo: Sí, me llamo Andrea Walsh Capdevila.

M: *(Dubitativa)* No me consta, ¿está usted seguro?

B: *(Sonriendo)* Claro que no. Andrea es mi expareja; yo me llamo Bernardo Lacuesta Martín.

M: Menudo está hecho usted. Esta no la vi venir, y fíjese que no llevo dos días en el negocio.

B: No lo dudo, el siglo XX da buena fe de ello.

M: Pues ahora le toca a usted, si es tan amable...

B: No, hombre, no. Si yo puedo ser su socio.

M: No tengo mucho tiempo: Como comprenderá, este es un trabajo en el que...

B: *(Cortándole)* Tengo una vecina que el otro día en el ascensor me dijo que estaba cansada de la vida. Creo que se intercambiaría conmigo con sumo gusto.

M: Tenemos una política muy severa al respecto. Esta persona debería mostrarme su consentimiento de forma explícita antes de que yo haga algo.

B: La llamo ahora mismo y seguro que baja. *(Mientras la muerte le mira receloso, teclea el número de su vecina en el teléfono)* Hola Amaia, ¿Qué tal estás? ¿Bien? ¿Sí? Jo, qué fantástico *(mira a la muerte y le hace un gesto de que quizás no está tan bien)* Mira, te llamaba porque he preparado quesada y justo cuando la he sacado del

horno me he acordado de que soy intolerante a la lactosa. Y he pensado, ¿vas a tirarla?, porque te podrían declarar persona *non grata* en Cantabria. ¡Con lo que me gusta el norte! Y claro, pensar en el norte me ha remitido a la lluvia, y la lluvia me ha hecho recordar la conversación que hemos tenido esta mañana en el ascensor, y he dicho ¡hostia, claro, compártela con tu vecina Amaia! Y en esas estamos. Aquí te espero.

M: (*Mirando su iPad*) Cómo dice que se llama su vecina.

B: Amaia Luján Carrasco.

M: Pues menuda lástima, le quedaban treinta años de vida.

B: Treinta años chupando de lo que yo trabajo

(*Suena el timbre y entra en escena una señora que, pese a su edad, parece jovial*)

A: (*Tras ver la muerte sentada en el sofá*) ¡¿Bernardo, qué cojones es esto?!

M: (*Avergonzada*) ¿No quería morir?

B: Amaia, que eres muy mayor. Qué más te da. Que el mundo ya no remonta: los polos se deshacen, los animales se extinguen y todo es transgénico.

M: Verá señora, lamento el malentendido, pero su vecino me ha dicho que usted le había manifestado su disposición a morir.

B: (*Con un cojín en la mano*): ¿Si la mato me salvo?

A: (*Tras quitarle el cojín*) A mí no me jodáis, que mañana tengo viaje cultural a Florencia con el Imserso.

B: (*Creyéndose a punto de morir*) Me despido de ti, sol. Que la vida iba en serio uno lo comprende cuando ya no tiene descuentos para el teatro. Ahora que he empezado mi tratamiento para la alergia, me privan de ti, ¡oh primavera! Me voy en mi máximo estado de belleza y sin haberlo aprovechado; no siempre capto las señales de las féminas.

A: ¡Espera! (*refiriéndose a la muerte*) Conozco alguien que puede interesarte. Es un biólogo que investiga cómo acabar con la muerte. Ya ha alargado la vida a algún ratón.

M: ¡¿Cómo?! No lo dirá en serio...

(*La muerte, muy agitada, comienza a dar vueltas en círculo; Bernardo se ha tranquilizado*)

A: Cada día que hago un pedido en el restaurante chino con Glovo viene este muchacho. Pero el último día tuvo la descortesía de llamarme señora, ¡a mí!

B: Yo querré pollo frito en salsa agridulce.

M: Pero si eso es librarte de la muerte hoy para que venga mañana.

A: (*Preguntándole a la muerte después de sacar el móvil*): Tú, ¿qué querrás?

M: Tallarines fritos (*sigue nerviosa*) ¿Pero lleva mucho tiempo investigando?

B: Ni te preocupes, prefieren invertir en mantener a abuelas que en investigar.

A: No lo sé, pero llegará dentro de poco. Mira, muerte, estate escondida dentro del armario y nosotros le decimos que le vamos a dar propina y entonces cuando entre en el comedor tú le golpeas por detrás.

M: Vale, ¿pero cómo sabré que tengo que salir?

B: Cuando diga "Ay, qué alegría" tú sales del escondite.

M: Entendido.

B: Prepararé una limonada con bastante azúcar, que disfrute un poco antes de morir.

(Bernardo se retira, Amaia espera en el sofá y la muerte aguarda en el armario.)

Suena el timbre)

A: ¡Voy!

Repartidor de Glovo: Aquí tenéis lo que habéis pedido. ¡Que aproveche!

A: Mira, pasa, que te voy a dar propina.

B: *(Acompañándole al centro del salón)* Sí, mira, prueba esta limonada, que seguro que estás muy cansado de tanto pedalear.

A: Toma por aquí el dinero. Ay, qué alegría.

B: Ay, qué alegría.

(La muerte no se percata y Bernardo y Amaia comienzan a ser más expresivos dando palmas y pronunciando la fórmula acordada)

G: *(Con musicalidad)* Ay, qué alegría, qué alegría.

(El repartidor se suma a la efusividad y arranca a bailar. Mientras gira sobre sí mismo, la muerte sale de su escondite y se encuentran cara a cara. Comienza una persecución alrededor de la mesa del salón hasta que la muerte se da un traspies)

A: ¡Ay, qué lo hemos matado!

G: ¡¿Qué cojones está pasando aquí!?

B: ¿No te da vergüenza, Amaia? Que la muerte en un sentido del tiempo cósmico era muy joven.

A: Mira que eres egoísta.

B: Instinto de conservación se llama.

(Mientras Amaia y Bernardo discuten, el repartidor de Glovo se acerca al cadáver de la muerte y observa que tiene una notificación en el iPad. Se pone la capa y se marcha hacia la dirección que le indica)

